

## SERMON

SOBRE

### LA CRIMINALIDAD DEL INCRÉDULO.

---

*Repletos omni iniquitate, malitia... homicidio.*

Han sido llenos de toda iniquidad, de malicia... homicidio.

(Rom., cap. I, vers. 30.)

Si el incrédulo satisficiera su locura con proscribirse á sí sólo para siempre y condenarse á eternos tormentos, nos compadeceríamos de su suerte; pues criado para la gloria, él mismo se sacrifica al suplicio, y no tendríamos que deplorar otros infortunios que deben su origen á la incredulidad. Mas no es así: todos los conatos del impío tienden á ganar prosélitos, para tener compañeros de sus crímenes, y, en consecuencia, de sus castigos. Erigida la incredulidad en maestra del error, predica por todas partes que la Religion corta los vuelos á la inteligencia humana, inspirando sentimientos abyectos, é inculcando la práctica de virtudes místicas que reconcentran al hombre en sí mismo, degradando su nobleza y privando á la naturaleza de sus atribuciones. Al oír á esos moralistas de la filosofía, todas las virtudes de la Religion no son más que puerilidades é ilusiones propias á debilitar los cerebros y á exaltar la imaginacion, y el desprenderse de sus preceptos es lo que constituye al hombre en un estado favorable á los intereses de la humanidad. De tales doctrinas, ¿qué efectos pueden esperarse? ¡Ah! La historia de

nuestra edad nos lo dice, y nuestros padres como nosotros lo hemos llorado: hemos llorado la ruptura de los verdaderos vínculos que unen á los hombres entre sí; hemos llorado los abominables excesos que se han cometido en épocas en que, dominando la incredulidad, aguzáran los puñales los padres contra los hijos, hermanos contra hermanos, pueblo contra sacerdocio, y el hombre contra sí mismo; hemos llorado porque los templos se convirtieran en lupanares, la Religión en problema y el sacerdocio en derision. Tales acontecimientos viera un gran pueblo cincuenta años há, y tales hemos visto nosotros; acontecimientos ocasionados por los moralistas de la vana filosofía, de los cuales podemos afirmar lo que diez y ocho siglos há afirmaba el Apóstol hablando de los filósofos del paganismo: «Son hombres llenos de toda iniquidad y malicia, y homicidio.» *Repletos omni iniquitate, malitia... homicidio.*

Nuestra asercion no es exagerada; los excesos en que la humanidad se ha precipitado en las seis décadas que nos han precedido; el desprecio de la Divinidad y sus leyes; los horrores entre que han desaparecido tantos hermanos nuestros; los crímenes que se perpetrán cada día de homicidios y suicidios, como no vieran ántes los pueblos, son todos efecto de esta gran maestra de iniquidad, que ha enseñado á cometer el crimen sin remordimiento. El incrédulo es un criminal, no ya por los males que se causa á sí mismo, sino también, y mucho más, por los que ocasiona á la sociedad; sobre él gravitan las escenas tan escandalosas que hemos visto verificarse á nuestra vista; sobre él gravitan las revoluciones de los pueblos, los asesinatos, las traiciones, los medios infames con que se quiso destruir la Religión y el sacerdocio, la autoridad de los Reyes y la sumision de los vasallos. No es, pues, ya la incredulidad un crimen consumado en el secreto del corazón; no un crimen inocente, como decia algunos

años há un sofista, crimen que Dios no ha de castigar por ser efecto de un raciocinio mal calculado; es un crimen público, general y universal; crimen que tiende á la destruccion de la Divinidad, si ésta fuese destructible; crimen que conspira á aniquilar la sociedad y el hombre; y de este crimen son responsables los incrédulos, por haber inundado la tierra de esos libros y escritos infames, que con razon llama un sábio orador libelos contra Dios, y en los que se hace la apología de cuanto es contrario á Dios y á la sociedad. *Repletos omni iniquitate, malitia... homicidio.*

Hé aquí lo que va á ser el objeto de mi discurso en esta tarde: ya que os he demostrado que la incredulidad es una insigne locura, voy á probaros la criminalidad que encierra. ¡Quiera el cielo que si hay en mi auditorio algun iniciado en esta secta infame, abandone las banderas del error, y pase al campo de la verdad! Para lograr este fin, invoquemos los auxilios del Espíritu divino por la mediacion de María Santísima, á quien saludamos reverentes.

#### AVE MARÍA.

No es el hombre un sér aislado y solitario; por más que quiera embrutecerse y darse á una misantropía irracional, la razon y el instinto lo conducen naturalmente al lado de sus hermanos, y se une á ellos para participar de los encantos de la vida social. No es un tigre, que halla satisfechas todas las exigencias de su natural con esconderse entre las oscuras breñas y salir de tiempo en tiempo á devorar; tiene en el fondo de su alma relaciones de amor, que se desarrollan insensiblemente y se comunican á todos sus semejantes sin distincion ni de sexo, ni de costumbres, ni de clima, ni de nacionalidad; en una palabra: la razon y el instinto humano hacen al hombre

social por naturaleza, no por cálculo ni convicción mútua, como pretendió la delirante dialéctica de los últimos filósofos. Quisieran éstos persuadirnos con sus pretendidas especulaciones que distáramos unos cuantos grados de esos animales, que con destreza instintiva imitan lo que ven, para hacernos tan materiales como ellos y limitar nuestra existencia á unos pocos días pasados en la superficie de la tierra. ¡Miserables! se proclamaban sábios, y no fueron capaces de observar que esos cuadrúpedos, que imitan alguna vez al hombre en las acciones materiales de sus manos y piés, hacen hoy lo que hacían seis mil años há, sin haber podido pasar ni una línea de sus operaciones primitivas, cuando el hombre, por su propia voluntad, hoy destruye lo que ayer edificó; mañana perfecciona lo que hoy realizára, desarrollando por grados una perfectibilidad que tiene en el centro de sí mismo, con propensiones á lo infinito, adonde llegaría si pudiese franquear una barrera inmensa, que es la limitación á que está circunscrito como criatura. Quisieran asemejarnos, repito, á los irracionales, para hacernos incapaces, como ellos, de conocer nuestro origen de la Divinidad, nuestra semejanza con ella, nuestras obligaciones de adoración y de culto, y el fin de nuestra existencia, cuando el mismo artefacto humano nos predica que hemos sido criados para contemplar la hermosura de los cielos, y mirar allá siempre como á nuestra pátria; porque, no lo dudeis, amados míos, ningún animal irracional alza jamás la vista hácia esa gran máquina que rueda sobre nosotros; y si alguna vez vemos á las aves domésticas mirar hácia los aires, es un efecto de su instinto, que los guía á librarse de sus enemigos, que en los aires tienen su morada continua.

De estos principios, que nadie puede atacar ni desmentir sin quedar vencido, es fácil deducir que el hombre es social y amante de sus hermanos por su propia natu-

raleza; que sus adelantos en la civilización no tienen otro origen que su tendencia natural á conservarse y á sobrellevar con comodidad las miserias de la vida, y llegar á la perfección por que suspira necesariamente; y, por fin, que las luces y razón de que se halla enriquecido, le enseñan de un modo irrefragable que debe humillarse ante el Dios que lo criara. Sustituir estos principios por otros, abolir los dogmas que profesa la gran familia humana sobre la unión que debe reinar entre los hijos de un mismo padre, sobre la conservación del individuo y sobre la adoración de la Divinidad; sustituir, repito, estos puntos fundamentales por otros contrarios, ¿qué otra cosa es sino erigirse en enemigo de Dios, de los hombres y de sí mismo? ¿Y qué otra cosa hiciera la incredulidad con sus dogmas subversores? ¡Ah! Éste es su gran crimen. El incrédulo es enemigo de Dios, de los hombres y de sí mismo. Oídme con atención.

La criminalidad que hago recaer sobre el incrédulo parece demasiado fuerte, pero es fundada, y voy á demostrarla, probando desde luego que el incrédulo es decidida en su corazón, y que profesa un odio mortal á la Divinidad. No lo dijera yo, si ántes no lo hubiese afirmado el Profeta con estas palabras: *Dixit insipiens in corde suo; non est Deus*: Dijo en su interior el impío; no hay Dios. ¿Y cómo dejaría de aborrecer á Dios el incrédulo? Rebelde á sus mandatos, opuesto al culto universal que hasta los irracionales le tributan, obedeciendo al instinto que les diera y le rinden los mismos elementos, no pasando de los límites que les prescribiera, desea en su corazón que no exista aquel Sér divino á quien todos ménos él adoran. No reconociendo á este Dios con algún derecho sobre el hombre, despreciando sus leyes y sus amenazas, es consiguiente que deteste aquella justicia inflexible que condena al malo para siempre; aquella verdad infalible, que no admite composición ni da tre-

guas entre la mentira y la verdad, y aquel poder inmenso, que confunde tarde ó temprano á todo poder inferior que se eleve contra el cielo: así es que para el incrédulo, Dios es un sér que no infunde sino espantos y terrores. Quisiera persuadirse que Dios no existe; quisiera que todos los hombres tuviesen los mismos sentimientos, y para alcanzarlo, el estandarte de la rebelion levanta contra el cielo, persuadiendo á los otros que nadie sabe lo que pasa más allá del sepulcro, que los placeres de este cuerpo mortal son la única herencia de los hombres, que tan semejante es á la bestia en la vida como en la muerte. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

No es otro el origen de tantos escritos venenosos como se han publicado y publican en estos siglos de incredulidad. Cuanto más se ataca á la Divinidad, tanto es mayor el ódio que se engendra en el corazon perverso; tanto mayores son los esfuerzos para hacer prosélitos contra el cielo. Bien dan á entender esto esas producciones abominables, en que la Justicia divina se ve ridiculizada, los atributos del Dios verdadero comparados á los de los ídolos estúpidos de los bárbaros, ó á las divinidades malvadas que inventára la poesía, cuando hiciera el apoteosis del tirano Nemrod, de los Hércules y Teseos: bien se echa de ver esta verdad en el empeño que tuvo la incredulidad filosófica en divinizar todos los séres, pues no tenía en esto otro objeto que el abolir de la conciencia humana y de su espíritu la idea de un Dios único por esencia, y retribuidor justo del bueno y del malo. Por esto tenían tantos dioses aquellos corifeos desalmados; ábranse sus obras, y vereis que para ellos el ciego acaso es Dios, la materia es Dios, el gran todo es Dios; la nada, el universo, los hados, todo es Dios para aquellos hombres que no quieren que haya un Dios que el mundo adore y tema. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* De

ahí es que la piedad fué pintada con los colores más negros, el culto fué reputado por supersticion, los Sacramentos divinos por invenciones humanas, las cosas más sagradas y augustas mezcladas con cuentos obscenos, con donaires picantes y con jocosidades teatrales: para sembrar la confusion en el mundo y poner las pasiones en tumultuosa revolucion, entre cuyas ruidosas colisiones no se oye ya decir que habia Dios. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* ¡Oh! ¡Qué consuelo hallaria el incrédulo si pudiese sustraerse á la idea de un Dios vengador! Endurecido en el proyecto de obrar mal hasta el fin como si no hubiese Dios, su mayor placer sería el aniquilamiento de este Dios, y ciertamente al leer las blasfemias que algunas veces arrojaron los impíos contra la Divinidad, no podemos ménos de decir que si les faltan los medios, abundó en ellos la voluntad y deseos de destruirla.

Siendo enemigo de Dios, ¿cómo no lo será de los hombres? Porque ¡oh amados míos! Dios nos ama porque somos hechura suya, y nosotros lo amamos á Él porque tenemos impresa en nuestra alma su semejanza. Sí, el espíritu humano es un gran medallon en que está esculpida la imágen de la Divinidad; aborrecer á Dios, es aborrecer al hombre; consecuente el incrédulo en las doctrinas que enseña sobre el Sér divino, ¡qué crueles son las que enseña sobre los hombres! ¡Cómo se complace en degradar á este sér privilegiado, haciéndolo en su estado primitivo morador feroz de las selvas y compañero de los leopardos! ¡Cómo se deleita en reducir á puras convenciones el amor que el padre y los hijos se profesan; en pura animalidad la dependencia que tienen estos de aquél; en pacto social la obediencia á las leyes y la autoridad de los superiores! ¡Cómo se llena de placer al enseñar que el alma es material, que el hombre es una máquina, que en él no hay más móvil de operaciones